

# VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA  
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN  
Cuatro Pesetas al Semestre

## EL MAESTRO

¿Qué feliz conjunto de cualidades no se precisan para ser un buen maestro de escuela! Un buen maestro es un hombre que debe saber mucho más de lo que enseña, a fin de enseñarlo con inteligencia y con gusto; que debe vivir en una modesta esfera y que, sin embargo, debe tener el alma elevada para conservar esa dignidad de sentimientos y aún de maneras, sin la que nunca obtendrá el respeto y la confianza de las familias; que debe poseer una rara mezcla de dulzura y de firmeza, pues si es inferior a muchas gentes de la localidad, no debe ser el servidor degradado de nadie; no ignorante de sus derechos, pero pensando mucho más en sus deberes; dando a todos ejemplo, sirviendo a todos de consejero, sobre todo no tratando de salir de su estado, contento de su situación, porque hace en ella el bien, decidido a vivir y a morir en el seno de la escuela, al servicio de la instrucción primaria, que es para él el servicio de Dios y de los hombres... Un mal maestro de escuela, como un mal cura, como un mal alcalde, es un azote para un pueblo!»

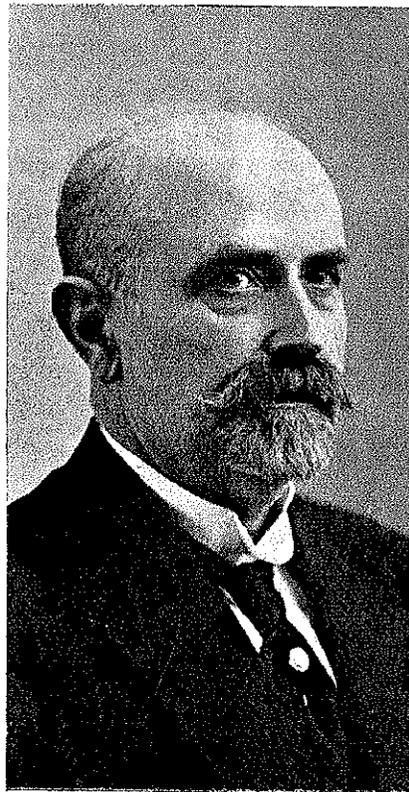
Guizot.

De forma concisa y admirable expresa el sabio historiador francés como debe ser el maestro, y por ser el pensamiento que sobre el particular nos parece mejor, entre los muchos que conocemos de hombres ilustres, lo adoptamos como lema que sintetiza lo que nosotros creemos y exponemos sencillamente de los educadores de la juventud.

La función humana y social que el maestro está destinado a ejercer en el cargo de su apostólica misión, nos parece la primera en importancia. Le damos prioridad a todas. Creemos que de haber maestros que reúnan la perfección ideal, nacería la completa regeneración de la raza y del pueblo, y los hombres, bien educados desde niños, encaminarían sus acciones, con conocimiento del bien, por la senda que marcan esas palabras que nos son conocidas con los nombres de filantropía y honradez.

Los hombres que son destinados a infiltrar, desde primera hora, en las almas, los sentimientos de la Ética—compendio

de todas las religiones—y de la educación e instrucción, en la edad preparatoria de la vida, son los que más deben y mejor pueden guiar—como el hilo de Ariadna—desde el laberinto oscuro de la ignorancia y la incultura, al despejado campo en que el alma humana se encuentra con la conciencia de sus actos.



EL GOBERNADOR CIVIL DE LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL, DON FERNANDO MALDONADO,

el que con su feliz intervención en el conflicto obrero de las minas de Puertollano, del 24 del actual, ha evitado una probable huelga, habiendo recibido numerosas felicitaciones, no solo de patronos y obreros, si que también de la provincia en general á la que hablara alcanzado muy de cerca los efectos de un paro.

El maestro es el encargado de todo lo que sea educar e instruir a la juventud, para que ésta cumpla, una vez hombres, todos sus deberes. El maestro es el filósofo y el sabio que necesita conocer y enseñar el summum de todas las ideas morales a los futuros hombres, que entonces se hallan en lo que nuestro admirado amigo el insigne catedrático, pedagogo y escritor D. Luis de Zulueta llama «la edad heroica», la edad en que

convenientemente guiado el árbol de la vida, adquirirá la lozanía y la perfección necesarias para dar a posteriori los sanos frutos del cumplimiento del deber.

El maestro preside la educación de las generaciones, formando en las nuevas, las futuras y cooperando al bienestar general, es el primer artista de la civilización y del progreso, en sus manos está el porvenir de los pueblos.

Pero ¿qué de condiciones no son necesarias para que el maestro cumpla con el fin a que está destinado! ¿Qué de cualidades para que de guía del progreso no se convierta en rémora de la civilización! Si el maestro es el hombre destinado a influir, en razón más directa, e intervenir en la perfección de los hombres, dicho se está que debe ser un verdadero dechado de buenas cualidades. El mejor maestro es el que dispone de más cualidades intelectuales y morales, el que posee más saber, claridad y método en su enseñanza, el que es más fiel cumplidor de sus deberes a la vez que más cariñoso para los alumnos.

El maestro ha de ser persona de inteligencia clara para que con su fruto haga el estudio de sus alumnos, de los métodos, procedimientos, sistemas, etcétera, más convenientes para transmitir los conocimientos educativos e instructivos. Ha de ser—como ha dicho Carderera en frase célebre—un libro abierto que conteste a todas cuantas dudas el niño tenga, para lo cual poseerá el mayor número de conocimientos generales, especiales y pedagógicos. Sin pretender que sea un sabio en todas las materias, sí debe exigírsele instrucción sólida y bastante general.

El maestro ha de abrazar la carrera guiado por la vocación, por un verdadero amor a la enseñanza, sin cuya circunstancia le haría faltar a todas las demás cualidades.

De nada serviría que reuniese el maestro grandes dotes intelectuales si no estaban acompañados de una conducta ejemplar e irreprochable en todos sentidos, si no ama a la Humanidad entera, procurando ilustrar y servir de ejemplo a la misma, procurando huir de todos los vicios y pasiones, máximas y vanidades del mundo, refrenando la envidia y dominando, en todos sentidos, su voluntad.

Cualquiera nación que contase con maestros de tal forma, dotados de tole

rancia, bondad, modestia, cultura, voluntad, dignidad y patriotismo, podría realizar verdaderos milagros de perfección, en el transcurso de su historia. Por eso debió Prusia su victoria sobre Francia, en 1870, a la labor de los educadores de la juventud.

Yo sé de un pueblo ilustre de la Mancha que cuenta con un maestro, por único educador de las multitudes, que no reúne las buenas cualidades que hemos señalado como necesarias, imprescindiblemente, para el desempeño de su honrosa misión. El pueblo, sin embargo, es tan particular que parece no ve la realidad de las cosas, y debido a esto, a pesar de ser el maestro uno de los que representan el mayor baldón para la meritosa clase de los más necesarios educadores, goza de la estima de la mayoría de las gentes. ¡Oh, individuos incapaces de conocer y distinguir lo malo de lo bueno!

Nuestro maestro, en los tres años que próximamente lleva ejerciendo su profesión en el pueblo, ha dado a conocer —que solo la sensatez conoce— sus pobres y execrables ideas éticas, y la falta del cumplimiento de sus deberes legales.

No poniendo interés en la educación igual de todos sus alumnos. Creando la parcialidad al interesarse más por los acomodados. Admitiendo pago de algunos por lección particular durante las horas de clase, todo con detrimento de los que tienen perfecto derecho de recibir enseñanza. Ejerciendo cargos incompatibles con su profesión, en el pueblo, en perjuicio de la escuela. Dando enseñanza defectuosa por su cultura escasa e incompleta.

Esto en cuanto a lo legal.

Siendo petulante, orgulloso y envidioso. Pretendiendo aparentar cultura y títulos que no tiene, intentando rebajar el mérito de los trabajos y la cultura de las personas que lo tienen, debido a la envidia de no poder igualarse a ellas.

Esto en cuanto a la moral.

Así cumple con su deber el maestro de escuela de un ilustre pueblo de la Mancha.

Y yo me he dado a pensar: ¿es posible que mientras haya en nuestra patria maestros — como el de ese lugar de la Mancha — que de tal manera educan, en la «edad heroica», a los que han de ser hombres, sea un hecho el impulso de la regeneración española?

ANGEL DOTOR.

Argamasilla de Alba, Julio-1918.

### Sastrería

y Sombrerería. Constantes novedades, esmerada confección y economía. JOSÉ RUIZ SANCHEZ. Calle General Aguilera números, 15 y 17. Ciudad Real.

## LA EPIDEMIA

Desde que el día empieza a alborear hasta que sombra del Oriente emana, con insistente y lúgubre doblar, de un muerto y otro muerto, sin cesar, dice la mustia voz de una campana.

Deja en el aire el funeral tañido un eco de mortal melancolía; tiene la gente aspecto dolorido, y flota en el ambiente entristecido un hábito de llanto y de agonía.

Doquiera se oye de una campanilla el son evocativo y abismático; la débil luz de unos faroles brilla, y vése la dalmática amarilla de algún cura que va a dar el Viático.

Sale un rumor doliente y plañidero del lóbrego interior de los hogares, y atisbase el opaco reverbero de alguna luz que en un altar casero la fe encendió a las Santos tutelares.

De los templos sagrados el recinto llenan en su congoja los devotos, que, con cristiano ardor jamás extinto, de imágenes y cruces en el plinto depositan, rendidos, sus exvotos.

Van por las calles fúnebres cortejos que forman enlutadas multitudes, y en el confin del pueblo, allá a lo lejos, de una campana los tristes dejos despiden numerosos ataúdes.

Por el camino orlado de cipreses que cruza el llano que la vista abarca, entre áureos campos de segadas mieses unos coches con tetricos arneses llevan los seres que inmoló la Parca.

Ora es un niño que rindió el tributo de una existencia apenas iniciada...

¡Tierna planta que no llegó a dar fruto y extinguiéndose en flor viste de luto la alegre claridad de una alborada!

Ora una jóven que la ideal quimera deja truncada de un ferviente amor, y agostada en lozana primavera, otra alma, de la suya compañera, deja hundida en abismos de dolor.

Ya es una esposa que los tiernos lazos rompe al morir, de una sagrada unión... ¡Dulce prenda arrancada de los brazos de un hombre enamorado que en pedazos sentirá ahora saltar su corazón.

O ya una madre amante y cariñosa que abandonó por siempre el far querido, sufriendo la agonía dolorosa del ave que angustiada y quejumbrosa muriera entre sus hijos en el nido.

Bajo el influjo de moral quebranto la vida habitual su ritmo altera; mata la actividad duelos y llanto y, durante unos días, vago espanto, del ánimo del pueblo se apodera.

Mas brilla al fin un sol esplendoroso que ahuyenta las congojas de aquí abajo, y se alza por doquiera victorioso el concierto fecundo y armonioso de la Industria, del Arte y el Trabajo.

La fatídica voz de las campanas va ya cediendo en su macabro hechizo, llegando hasta las áureas tierras llanas, en alas de las brisas ciudadanas, las músicas alegres de un bautizo.

El deseo de vivir se hace sonoro, tornando al ánimo la fe perdida; y pueblo y campos en sublime coro, con cielo y tierra engalanados de oro, cantan un colosal himno a la Vida.

EMILIO CORNEJO CAMINERO.

## LECTURAS

SACRIFICIO, por José Más.

La veterana «Biblioteca Patria» acaba de enriquecer su colección con una nueva obra, «Sacrificio», debida a la fecunda pluma del joven escritor Sr. Más.

¿Quién es Sacrificio? Sacrificio es una linda muchachita de quince años, una rosa entreabierta que asoma atrevida sobre el tapial de la existencia ruin que la aprisiona y la guarda. Es una de esas vírgenes reposadas y de mirada ingenuamente triste, que hemos hallado en los soportales de las plazas provincianas, y a las que no hemos dirigido nuestra chavacana elocuencia, porque sus ojos han resbalado sobre nuestra insignificancia y se han apartado de nuestra persona como disgustados de no hallarla más digna. Es una de esas jóvenes que, como los ángeles de las leyendas místicas, tienen aún un pié en la cuna, y otro pié en el cielo, que atraviesan la vida ignoradas, y que dejan un recuerdo humilde, apenas doloroso, porque las tempestades de sus pasiones se aho-

garon en flor, y no enturbiaron nunca la serena dulzura de sus ojos.

No quiero, lector, descubrir el íntimo poema sentimental que palpita en esta obra. Sólo quiero recordarte que, si las andanzas inevitables de una vida andariega, te han llevado a esos pueblecillos blancos y chatos, que en las crestas de las lomas pardas de Castilla se columpian, que si gustaste de su ambiente pintoresco y abigarrado, de hidalgos sin ventura, y de rufianes sin tacha, y te creaste en seguir sus anhelos, sus miserias y sus afanes, sus ruindades sublimes y sus ideales comineros, si seguiste los recovecos de sus almas todo barro, arcilla, oro y sol ardiente, en este librito hallarás algo de eso: ecos vívidos y recuerdos pasados, un rincón castellano y una ráfaga de vida, que nos hacen pensar en otros rincones por donde un día hemos paseado nuestra vanidad y nuestra presunción.

Y como todo ello va engalanado con la prosa amena y fluida peculiar en José Más, cuando llegues, lector, a las últimas páginas del libro, no sentirás haberlo abierto. JUAN L. ROMERO.

## EL NIDO

(Cuentos de la guerra)

Al fin cesaron de tronar los cañones del fuerte francés.

Los «boches» habían tenido que retirarse una vez más, descalabrados y vencidos por aquel gigante de granito que se llamaba el fuerte de San Luis, el cual arrogante y orgulloso alzábase todavía desafiando los grandes cañones germanos y ostentando en la más alta de sus torres, la hasta entonces gloriosa bandera tricolor.

Unos veinte o treinta soldados ocupaban todavía una de las torres del fuerte, jadeantes y sudorosos, ennegrecidos por la pólvora de los cañones y de los fusiles, y charlaban accionando enardecidos por la reciente y reñida refriega.

Por las ventanas y por las troneras distinguíase la enorme campiña sembrada de cadáveres y de armamentos, de cañones destruidos, de sables y machetes enmohecidos por la sangre y por el humo de la pólvora.

Cerca del fuerte se veía una pieza de artillería, quizá la única que los alemanes habían abandonado intacta en su precipitada retirada que había sido mas bien una huida. Esta pieza estaba con la cureña hacia el fuerte y amenazando con su boca el inmenso campo por donde habían huido los «boches» perseguidos por la caballería francesa.

A la izquierda del fuerte de San Luis se distinguían las ruinas de otro fuerte menos afortunado, que había sido derribado por los cañones alemanes. En estas ruinas, aprovechando los huecos de las piedras desmoronadas, habían colgado sus nidos varias parejas de golondrinas que revoloteaban gorgiendo alrededor de sus débiles viviendas.

Los soldados empuñando aún los fusiles, discutían sobre los momentos más emocionantes de la lucha, alabando cada cual su puntería que había librado a tal oficial de un machetazo o había desviado un fusil en el momento que iba a salir el tiro, o había en fin librado a un indefenso herido, de ser cosido al suelo por una bayoneta.

Enmedio de la algarabía general, podía notarse que uno de aquellos hombres estaba silencioso apoyado en su fusil y contemplando el horrible aspecto que presentaba el campo extendido delante del fuerte de San Luis, pensando quizá que dentro de un minuto podía él ser uno de tantos despojos como en el campo habían quedado.

Pero realmente no era así. Aquel hombre que al parecer estaba tan absorto en la contemplación del campo donde se había librado el gran combate, no perdía palabra de la conversación que tenían sus compañeros y sentía cierto desdén hacia aquellos que se alababan mas acaloradamente.

Y no porque él no sintiera la grata ponzoña de la adulación; por el contrario era quizá el más jactancioso de los allí reunidos y le molestaba que no fueran para él todas las palabras que se pronunciaban en loor de otro.

Pero nada decía; ya porque no le daban lugar para ello, ya porque guardaba para lo último sus palabras para que produjeran mas efecto.

En esto la discusión llegaba a tal punto de alboroto que parecía se encontraba enmedio de la batalla.

Dos soldados discutían cual de ellos había matado a un alemán que yacía tendido al lado del cañón antes mencionado.

—Ese hombre ha sido muerto por mí en el momento que venía hacia nosotros pidiendo cuartel decía el más bajito.

—Mientes—contestó el otro—le he matado yo cuando iba a partir el corazón con su bayoneta a uno de los nuestros.

—¡Alto ahí amigo! No te vanaglories de la acción que no has cometido. Ese alemán no le has matado tu, ni le ha dado ese la muerte. Le ha sido enviada por mí por medio de una bala en el momento de que iba a disparar ese cañón contra nuestra caballería que hacía retroceder a los suyos.

En aquel momento un oficial se lle-

vaba los gemelos a los ojos y examinaba el campo.

—Sr. Henri—dijo—¿estáis seguro de haber sido vos el que ha matado a ese pobre hombre?

—Si no lo hubiera estado mi teniente—respondió el aludido—no hubiera hablado. Ya conocéis mi carácter.

—Os creo porque de los que han hablado, vos habéis sido el que ha dicho justamente lo que iba a hacer ese hombre cuando le ha sorprendido la muerte.

—Entonces—dijo el soldado que había sido interrumpido—el que tiene que sobresalir siempre es el Sr. Henri. No discutamos pues.

—El Sr. Henri—dijo este algo amostazado—siempre pone una bala en el sitio que le place, incluso en la cabeza de aquel que siendo su compañero comete el atrevimiento de faltarle.

Ya iba el otro a contestarle agresivamente, cuando el oficial dando a Henri una severa reprensión cortó la discusión en este punto y prometiendo un duro castigo a quien volviera a promover la cuestión, bajo del torreón a reunirse con los demás oficiales.

Pero ni Henri ni el otro eran hombres que se dejaban vencer fácilmente y así que vieron desaparecer al oficial dijo el primero:

—Puesto que no nos es posible reñir



DON RICARDO ALBENDIN OREJÁN

INGENIERO AGRÓNOMO, NOMBRADO Y POSESIONADO DE DIRECTOR DE LA GBANJA-ESCUELA PRÁCTICA DE AGRICULTURA DE CIUDAD REAL EL QUE POR SUS PRESTIGIOS PROFESIONALES CUANTO POR SUS DOTES PARTICULARES, DEJA VER UNA FUTURA LABOR AGRARIA PERFECTA Y UNA VERDADERA DIVULGACIÓN DE LA FINALIDAD DE ESTOS CENTROS, LASTIMOSAMENTE OCULTA A ESTA REGIÓN TAN EMINENTEMENTE AGRÍCOLA.

Fot. G. Plaza.

ahora como lo deseábamos y no os puedo romper un brazo de un balazo tengo que venceros demostrándoos desde aquí que ninguno de los aquí presentes hace con su fusil lo que yo voy a hacer con el mío. Sr. Sebastián voy a partir de un balazo el sable que empuña el cadáver que ha sido origen de la discusión. Os invito que le partais luego por junto a la empuñadura.

Dicho esto Henri cargó el fusil, se puso de codos en la ventana y disparó. Cuando el humo se disipó todos se abalanzaron a la ventana. En efecto el sable que empuñaba el cadáver había saltado en dos pedazos exactamente iguales.

Sebastián tomando la misma postura que su rival, apuntó con cuidado y disparó. A los pocos momentos pudo verse que el trozo que aún empuñaba el cadáver no había sido separado de la empuñadura.

Henri paseó una mirada de triunfo. Pero como el reto había sido lanzado para todos, fueron disparando uno a uno con el mismo resultado que había obtenido Sebastián.

A cada disparo Henri lanzaba una carcajada acampañada de un sarcasmo. Cuando todos hubieron disparado volvió a coger su fusil y apoyándose de nuevo en la ventana dijo: Voy a librarle al pobre del peso que le ocasiona la hoja. Con la empuñadura tiene bastante para las empresas que ha de realizar.

Y al decir esto disparó de nuevo su fusil. Cuando pudieron verse los efectos, el alemán ostentaba la empuñadura de su sable. El resto de la hoja brillaba a corto trecho.

Henri lanzó una desdeñosa mirada, pero Sebastián no se dió por vencido y buscó con la vista otro punto donde probar la puntería.

Henri lo advirtió y fijándose en las golondrinas que cruzaban veloces por delante del torreón, lanzando al aire sus prolongados y alegres trinos, exclamó: ¡Matad una golondrina!

Sebastián no se lo hizo repetir. Echóse el fusil a la cara y esperó el paso de una de aquellas inocentes aves.

No se hizo esta esperar y a los pocos instantes, con las alas abiertas y desafiando con la cabeza al cielo y a la tierra, cruzó una de ellas rápida como el pensamiento. Pero no tanto que a Sebastián no le diera tiempo a encañonarla y disparar.

La golondrina herida levemente en un ala, escapó veloz a esconderse en un nido.

Sebastián viéndose vencido por segunda vez, ciego de coraje, sacó medio cuerpo por la ventana, apuntó cuidadosamente al nido y con mano temblorosa por la ira, hizo un segundo disparo contra la indefensa golondrina.

A través del humo del disparo, pudo verse caer el nido hecho pedazos, entre cuyos restos, en revuelta confusión, caía

la golondrina muerta al fin por la bala que le había robado a un tiempo el hogar, los hijos y la vida...

Cuando Sebastián paseó una mirada de orgullo por el torreón, hirió los oídos de los soldados un horroroso estruendo y al poco rato se vió en lontananza que la caballería perseguidora se había convertido en perseguida y grandes fuerzas alemanas venían en contra del fuerte trayendo consigo artillería gruesa.

Al momento el fuerte de San Luis estaba en conmoción y sus cañones tronaron de nuevo mientras la artillería gruesa era emplazada por los alemanes.

De repente una espantosa detonación dominó todas las demás y el gigante de piedra se desplomó a la explosión del enorme proyectil como un castillo de naipes al soplo de un pequeñuelo arrastrando tras sí toda la guarnición que la defendía.

Y el fuerte de San Luis que durante dos años había estado recibiendo balas y más balas ahora se desplomaba al golpe de una sola.

Y era porque ésta la había disparado la justicia de Dios, para representar en el fuerte de San Luis la escena que momentos antes había provocado la barbarie de un hombre con un inocente nido de golondrinas.

JOSÉ GARCÍA QUIJADA COSTA  
Madrid Julio 1918.

CUENTO

CORAZON DE POETA

En un oculto lugar «de cuyo nombre no quiero acordarme», de esa encantadora región de España denominada Andalucía, pasaban felices los pocos años que le restaban de vida, los ancianos Juan Antonio y su esposa la buena Josefa, modestos labradores de desahogada fortuna; su hijo Rafael, zagal de unos catorce años que había aprendido la primera instrucción, endulzaba más aún la existencia de sus queridos padres ahorrándoles muchos trabajos.

En el apacible descanso campesino Rafael era el encargado de llevar las ovejas por el monte. Todas las mañanas cuando alboreaba el día, cogía unos mendrugos de pan untados de manteca y allí se los iba a comer tras el rebaño por entre las agresivas rocas de la sierra.

Muchas veces rendido, se sentaba en el suelo cubierto de césped, y allí ante los sublimes encantos de la naturaleza se extasiaba y olvidábase de las numerosas ovejas que estaban bajo su custodia, las cuales al verse libres de las voces del muchacho, y de las piedras que éste les tiraba con la honda, se esparcían por los distintos lugares de la mon-



CIUDAD REAL.—EL GOBERNADOR CIVIL SR. MALDONADO CON EL DIPUTADO D. CIRIACO LÓPEZ RIVERA, VISITADOR DEL AFAMADO HOSPITAL PROVINCIAL, Y LOS DOCTORES SRES. BONILLA Y MARTÍN SERRANO, DIRIGIÉNDOSE A LA ERMITA DEL CARMEN EN QUE SE CELEBRÓ UNA SOLEMNE FUNCIÓN RELIGIOSA A LA VIRGEN DE SU NOMBRE, COMO PATRONA DEL BENÉFICO ESTABLECIMIENTO, EN LA QUE HIZO GALAS DE SU ORATORIA SAGRADA EL CULTÍSIMO PRESBITERO DON MIGUEL RUIZ. Fot. E. Lórida.

taña, encontrando luego Rafael muchas dificultades para volverlas a reunir.

Débiles ráfagas de luz anunciaban la proximidad del nuevo día; la obscuridad que había envuelto a todo era cada vez más tenue; el sol enviaba sus dorados rayos, los que reflejándose en las gotas de rocío daban al campo un aspecto misterioso y encantador; los pajarillos, saltando de rama en rama, entonaban sus melodiosos trinos expresando de este modo su alegría ante la luz del astro rey; mansos arroyuelos de cristalinas aguas que serpenteando se deslizaban a través de los matorrales de romero y tomillo completaban aquel bello y sublime cuadro que revelaba la grandeza del Omnipotente.

Rafael, como siempre, salió tras el rebaño comiéndose los duros mendrugos de pan untados de manteca. La grata impresión que todas las mañanas le proporcionaba aquella salida, había dado lugar en multitud de ocasiones a que de sus toscos labios brotaran espontáneamente delicadas poesías dirigidas hacia lo que le rodeaba. Allí sentado en las escabrosidades de aquellas sierras que miradas desde el valle parecían tocar el cielo, y teniendo por apoyo sus rodillas, escribía valiosas composiciones, las que conservadas por algún tiempo, al fin se perdían sin que las leyeran apenas los que le rodeaban.

Alguna vez entusiasmado leía una de sus poesías a sus padres, los cuales le regañaban duramente diciéndole que aquello no era lucrativo y que cuidara

mejor de las ovejas que ya se le habían perdido unas cuantas por las malditas poesías, que no le interesaban tanto como aquéllas; Rafael no contestaba, y solo de vez en cuando surcaban sus mejillas gruesas lágrimas, lo que enojaba más a los ancianos. Los zagales y zagalas se burlaban de él diciendo: «Mirad que tonto». «¡El poeta!» y después se reían a carcajadas como lo hace la gente del campo. Rafael los miraba con desprecio, como a seres que ignoran hasta lo que le rodea.

¡Cuántas noches, aprovechando las horas en que todos dormían, y no podían importarle con sus burlas, abandonaba el lecho y se ponía a pasear por la habitación, elevando los brazos, y recitando canciones como si fuera un loco, hasta que por último rendido sentábase y a la débil luz de una vela de sebo, trasapaba al papel todo lo que su corazón le dictaba! Allí desbordaba todo lo que su alma sentía; allí expresaba unas veces, *la grandeza del Todopoderoso*, otras *lo que es la vida, la ilusión... hasta el amor*; estaba enamorado, no sabía de quien. ¡Era artista!

Ya no salía con el rebaño; todas las ovejas se le perdían; no había nacido para aquello, sino para otra cosa más superior.

Han pasado varios años; Rafael había abandonado aquellos tan ocultos como hermosos lugares; hace tiempo que está en Madrid en donde procura darse a conocer, publicar sus obras; pero todos los esfuerzos que hacía eran en vano.

Cierto día en el que terminó una obra, se decidió a llevarla a un editor, pero le sucedió lo que en otras ocasiones; el editor dignose leer la firma y después elevando los hombros y con desprecio se la devolvió sin pronunciar ni una excusa; aquella obra no estaba firmada por Benavente, Pérez Galdós, Pardo Bazán, etc.; allí no se leía más que un nombre completamente desconocido, que no despertaba interés; eran entregada por un zagal de bastos modales y eso era suficiente para que no fuera admitida. Rafael se retiraba desilusionado, y más de una vez se le vió romper con coraje los papeles en que iban impresas sus composiciones.

Hoy Rafael no existe; no se sabe como murió; indudablemente en la miseria como tantos otros, a los que la fortuna les fué adversa, porque así quisieron los hombres. Solo una obra suya se conoce por una rara casualidad, y esa sola obra ha bastado para que su nombre sea conocido y elogiado por todos, y para que se hayan levantado numerosas estatuas en memoria de aquel genio que permaneció en la obscuridad hasta después de muerto.

ALVARO CORRALES CAMACHO.  
Jaén, Julio, 1918.



CIUDAD REAL.—LA VIRTUOSA Y ABNEGADA SOR JULIANA GARCÍA, MADRE SUPERIORA DE HIJAS DE SAN VICENTE, QUE REGENTAN EL ESTABLECIMIENTO HOSPITAL, RODEADA DE LAS AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES, REPRESENTACIONES DE PRENSA Y CLERO, SEÑORAS DE BONILLA, DE CÁRDENAS CHACÓN Y DEMÁS INVITADOS A LA FIESTA RELIGIOSA EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, EL 16 DEL ACTUAL. Fot. E. Lérica.

TINTAS, COLAS, LAGRES  
VILLE DE PARIS

## GANCION

Al ver tus ojos  
azul de cielo,  
que cuando miran  
matan de amor  
claros hermosos,  
dulce beleño  
con ellos brindas  
al corazón.

¡Ay no me miren  
con tal fijeza  
que su mirada  
me hace morir!  
Ay no me miren  
de esa manera  
por que mi alma  
va tras de tí.

Marcha muy lejos  
que no te vea  
donde te olvide  
si puede ser  
porque mi alma  
que por tí pena  
ni aún en la ausencia  
te será infiel.

DOLORES ONDARO DE CASTRO.

## ROSAS Y AZUCENAS

(Diálogo recitado en Esparragosa de la Serena (Badajoz), por las niñas Purita Villar y Purita Jalón, ofreciendo un ramo de estas lindas flores a la Virgen).

—¡Vaya! Que no me atrevo a ofrecer estas rosas que entre mil florecillas elegí por hermosas recorriendo anhelante el ameno jardín. Me parecieron antes de sublime hermosura, y ahora, niña, han perdido su aroma y su frescura, y es más pálido y ténue su encendido carmín.

—¿Y porqué no te atreves? ¿No son bellas tus flores? ¿Sus corollas no tienen delicados colores? ¿No embalsama el ambiente su perfume sutil? ¿Porqué, pues, no ofrecerle con inocente anhelo a la Virgen sin mancha, a la Reina del cielo, esas rosas fragantes, las reinas del pensil?

—Es verdad, tierna amiga, que la rosa es muy bella; que entre todas las flores en el jardín descuella. Que es de las flores reina y orgullo del vergel. Más... ¡fíjate en la Virgen! Contempla su hermosura y dime al ver su rostro de cédica ternura, que flor fragante y linda no palidece ante él.

—Sí, amiga, sí; no hay flores que puedan dignamente con sus lindos colores, orlar la pura frente de esa Virgen bendita, la Madre del Señor... Pero aun siendo tan grande su belleza suprema, acoge sonriente el tierno y dulce emblema, que esa flor simboliza, de un inocente amor.

Afanosas corramos a ofrendar a María, con el alma empapada de infantil alegría, tú, esas rosas bellísimas de perfume ideal. Yo, esta casta azucena de nítida blancura, hermosa como el alba, cual nuestro nombre pura. Que cñian a sus sienes diadema virginal.

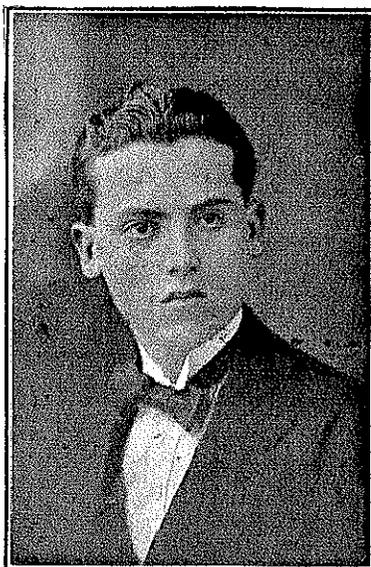
¡Vamos, niña, comienza! ¡Si es la Virgen muy buena! ¿No ves cual nos anima su mirada serena? Dila cuantas ternuras te dicte el corazón. Llamémosla mi madre, mi dicha mi alegría... Mi ensueño delicioso. La luz del alma mía... Mi vida, mi esperanza, mi encanto, mi ilusión.

Tú ¡Flor del paraíso! ¡Delicia del querube! ¡Tu que radiante huellas las vaporosas nubes, más pura y más hermosas que los rayos del sol! ¡Tu, perla de los mares! ¡Estrella matutina! ¡De inagotables gracias la Fuente cristalina...! ¡Tu que das a la aurora nacarado arrebol!

—Toma Madre adorada, pues no tengo otra cosa que un cariño muy tierno, estas lozanas rosas que bien se que no pueden tu hermosura realzar. —Y yo Virgen bendita, de amor el alma llena, dolorosa y suave, esta blanca azucena, emblema de pureza, deposito en tu altar.

Y ahora ¡Mística rosa! ¡Nuestra madre querida, escucha bondadosa la tierna despedida, que brota dulcemente del alma de las dos...! —Adios, rosa fragante. ¡Jamás nos abandones! —Vierte sobre nosotros tus más preciados dones. —Adios Reina del cielo.—Madre del alma... ¡Adios!

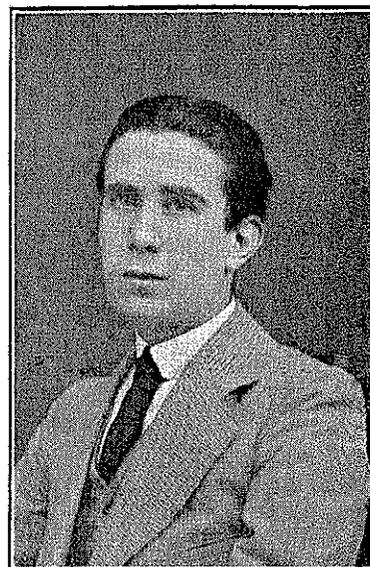
ALFONSO GUERRERO BALTASAR.



D. ALBERTO GARCÍA Y LÓPEZ PRIMOGÉNITO DEL QUE FUÉ ALCALDE DE CIUDAD REAL Y CULTO CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO, MUY LLORADO D. ALBERTO GARCÍA Y SERRANO, QUE SE HA DOCTORADO EN DERECHO, BAJO LOS AUSPICIOS DE UNA FUTURA CARRERA FORENSE DE INTERMINABLES TRIUNFOS.



D. FRANCISCO TOLSADA Y PICAZO DISTINGUIDO COLABORADOR DE *Vida Manchega*, QUE PRECEDIDO DE BRILLANTES NOTAS Y VARIAS MATRÍCULAS DE HONOR, HA OBTENIDO EL TÍTULO DE LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL, POR LO QUE LE FELICITAMOS VIVAMENTE.



D. FRANCISCO COLÁS Y RUIZ DE LA SIERRA, AVANTAJADO ESTUDIANTE DE MEDICINA DE ESTA LOCALIDAD, QUE HA PARTICIPADO DEL PREMIO LLORENTE, CON INDISCUTIBLE MERECIMIENTO POR PROPUESTA DE SUS MISMOS COMPAÑEROS DEL TERCER CURSO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

CUENTO ESPAÑOL

## EL SECRETO DE AMOR

Rafael se casó, en segundas nupcias con la bella y encantadora Adela, muchacha de las más distinguidas de la capital, por su abolengo y sus riquezas.

Buena suerte había tenido Rafael en haber conquistado tan codiciada y hermosa mujer, que siempre fué muy sollicitada por los más ricos y distinguidos jóvenes de la localidad, siendo todos rechazados con una sonrisa benévola de Adela y un «no quiero novio».

Cómo pudo ser, por tanto, que nuestro hombre apenas llegado de la Corte, pues no haría más de un año que se instaló en ésta, en tan breve espacio de tiempo consiguiera, lo que en muchos años no pudieron alcanzar otros. ¿Secreto?

Bien es verdad, que Rafael tenía un tipo excelente de hombre; alto, fuerte, moreno, de buenas facciones, de mirada viva y penetrante, elegante, culto y distinguido, pronto consiguió abrirse paso y hacerse célebre por medio de sus escritos en la prensa y por conferencias que pronunció en el Ateneo. Era un gran literato.

Quizá todo esto influyera, para que Adela encontrara en Rafael, el hombre ideal, el que soñara en tiempos en su lecho de flores, cuando soltera.

Pues el fué siempre sencillo, modesto y en cuanto a posición económica apenas contaba con unos pocos miles de pesetas; mas que le interesaba a ella el dinero, si lo que deseaba era amor.

¡Amor! He aquí, en una palabra, donde se encierra toda una vida, la ilusión de cada mortal. ¡Qué bella y amable es la existencia cuando se ama noble y apasionadamente, y se es correspondido! Así fué el lazo de unión que a Rafael y Adela al parecer les juntó en estrecho e indisoluble abrazo de enamorados cual modernos Romeo y Julieta.

Por todos eran admirados, al contemplar su dicha mutua y el cariño entrañable que se tenían.

Comentario constante y casi diario que de ellos hacían sus conocimientos. Cuantas veces en el casino o en otras reuniones sus amigos, sus amistades, le repetían continuamente ¡qué feliz eres! ¡qué suerte la tuya! Rafael por toda contestación asentía con una inclinación de

cabeza, al propio tiempo que dejaba ver una sonrisa casi imperceptible y enigmática que pasaba desapercibida para todos, los que no pudieron comprender que nuestro hombre no era dichoso.

\*\*\*

A principios de la vida matrimonial y después de haber pasado la luna de miel por otras regiones de España, según costumbre usual de las personas distinguidas y de posición, Adela y Rafael salían de paseo a eso de la caída de la tarde, y muy juntos, del brazo, como amantes esposos recorrían en dulce coloquio el lindo Parque o Paseo de la población, donde acudía también lo más selecto del personal de la misma.

Sentábanse otro rato a descansar, o bien se reunían con alguna otra familia de ellos conocida, y en conversación animada, pasaban el tiempo, hasta tanto se aproximaba la hora de la cena.

Otras veces, por la noche, en reunión de familia y sociedad o en su propia casa, pasaban las veladas gratamente, unidos, risueños y atentos con sus acompañantes, que en sano esparcimiento, con música, canto y alguna vez de baile, celebraban en armoniosa amistad.

Y así siempre, contentos, satisfechos y alegres, nadie podía figurarse llegara día que una nube pudiera nublir la felicidad de este matrimonio.

\*\*\*

¿Cómo fué aquello?... Que a Rafael se le veía taciturno y pensativo siempre. No salía ya tan constante en compañía de su esposa. ¿Qué originó tal variación en la persona de este hombre que todo parecía sonreírle en derredor? Secreto... Nadie podía explicarse el cambio de conducta de Rafael.

Sucedió esto, después de un viaje que

a Madrid realizó por asuntos de su profesión. Malas lenguas aseguraban que se había enamorado de una artista hermosa y célebre en la Corte. Lo cierto era que nadie sabía a fondo lo que hubiera de verdad.

Por su parte la pobre Adela también se la veía triste, pálida, sus mejillas de rosa, habían perdido su sonrosado color, al igual, su sonrisa, desapareció de su bello rostro.

Antes, amable y comunicativa, tornóse ahora reservada y seria; no le gustaba de conversar como antes con aquella su charla amena y encantadora.

También ella se había transformado, salía poco y casi siempre acompañada de su madre, por las tardes; el resto del día lo pasaba encerrada en su casa.

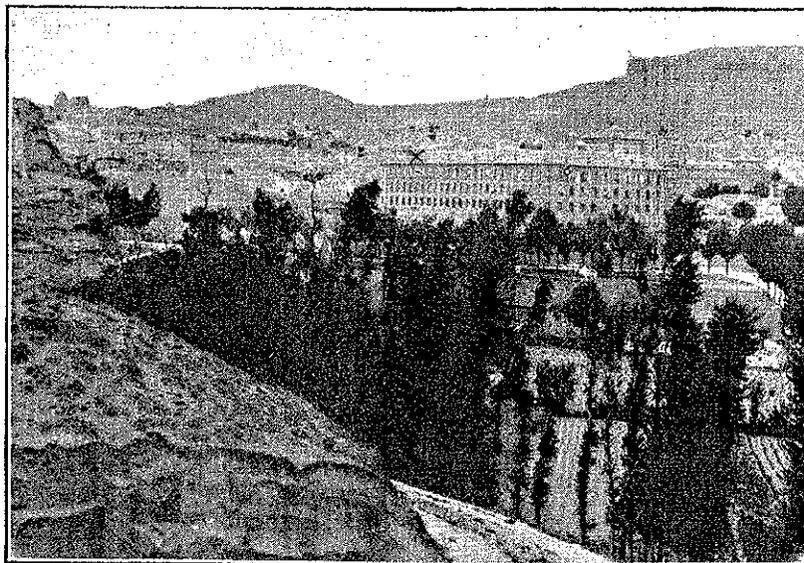
Algo grave dejábase notar entre aquellos esposos en principio tan enamorados, más tarde tristes y pensativos.

\*\*\*

A Rafael se le había despertado de pronto la afición a la caza y todos los días al amanecer una vez equipado convenientemente y armado de escopeta en compañía de su fiel perro marchaba por los campos en busca de distracción. ¿Era efectivamente el nuevo sport el que llevaba a Rafael tan de mañana por aquellos lugares, o más bien fuera pretexto para tener lugar a otras aventuras?

Esto se preguntaba Adela para sí, al ver cierta desviación para con ella, por más que cariñosa, trataba de conseguir ver otra vez como antes alegre y afable a su esposo.

Tanto influyó en el ánimo de Adela las escapatorias de Rafael, que el tormento de los celos se apoderó de su ser y determinó a toda costa enterarse por sí



PANORAMAS DE LA MANCHA

VISTA GENERAL DE HUEFANO (CUENCA) CON EL CONVENTO DE LA MERCED X.

MUEBLES, LOZA Y CRISTAL  
**CONTRERAS**  
TOLEDO, I CIUDAD-REAL

**FRANCÉS**  
**Joyería de Moda**  
**CIUDAD-REAL**

**THSURA, EL BONZO**  
**ESCULTOR**

(Leyenda japonesa)

Thsura, el famoso escultor, gloria de Yokohama, trabajaba incansable noche y día. Los bonzos, sus compañeros, habíanle encargado la estatua de Kawanon, la todo poderosa, la diosa de las cien manos, señora de cielos y tierra...

\*\*\*

Celebraban una fiesta popular en Yosiwara la magnífica, la ciudad del amor y del placer... Llenaba sus calles una muy numerosa y pintoresca multitud. Veíanse cruzar con paso majestuoso infinitos samurays, seguidos de buen número de sanguinarios ronins, y vestidos de ricas sedas amarillas, bordadas con dibujos que semejabán dragones monstruosos; entre ellos discurrían plácidamente oirans bellísimas, que por un día abandonaban sus lujos escaparares de laca, y en cuyos vestidos, bordados de quimeras, brillaba el divino sol de Oriente.

Thsura caminaba pensativo por entre la alegre muchedumbre, cuando acertó a cruzarse con Kamiya, la perla del Yosiwara y su corazón cayó incauto en las redes del amor.

Terminados los festejos, volvióse a Yokohama con grande melancolía, pensando siempre en la que era reina de la belleza en la ciudad del placer...

\*\*\*

No pudo añadir, ni un rasguño de su cincel maestro, a la estatua de Kawanon la todo misericordiosa, que había de llenarle de fama y honor... Constantemente pensaba en Kamiya, la bella oiran... Mas para conseguir su amor necesitábase buena cantidad de rins, y su bolsillo hallábase pelado, cual las inaccesibles cumbres del Fousi-Yama.

Inútilmente quiso continuar su interrumpido trabajo... Cuando alzaba los ojos en busca de una idea que guiase su cincel, solo encontraba unos ojos oblicuos y bellos que le parecían llamar...

Fijóse entonces en la diosa de las cien manos, y contempló, ambicioso, su riquísima corona, cincelada por los más famosos orfebres de Tokio. ¿Para qué servía aquella riqueza a la divina Kawanon? Mejor servicio le prestaría a él, ayudándole a conseguir las caricias de la bella Kamiya... Y en un momento en que los bonzos descuidáronse, la robó.

\*\*\*

¡Que semana de caricias y deleites! La sin par Kamiya, concedido su amor. Mas ¡ah! que pronto el implacable reloj de la vida adelanta los minutos... A los pocos días tuvo que regresar a su bontería, herida el alma por las divinas nostalgias del amor...

En su camino, un ronin celoso y trai-

dor, atravesóle el pecho con el ancho sable, y su alma separada del cuerpo, encontróse llena de pecado, en los márgenes del lago amarillo, sin poseer los seis rins, que le eran necesarios para su salvación.

Por su fortuna, el dios de los muertos era conocedor de su genio artístico y le mandó volver a la tierra a concluir la estatua de Kawanon, la más bella imágen de la diosa, que soñó poseer Yokohama, la magnífica y orgullosa ciudad.

\*\*\*

Meses y meses, años quizá, trabajó Thsura sin descanso. Ya la imágen estaba al terminar... Sus manos elevadas al cielo, eran tan perfectas, que al verlas, los devotos habitantes de la poderosa Yokohama, postrábanse en reverente adoración...

Una noche cuando ya su labor daba por terminada, sentóse Thsura ante su obra, recordando con dulce placidez sus muertos amores. De pronto una admirable oiran entróse por las puertas de la estancia, envuelto el cuerpo delicado en las sedas de un riquísimo kimono. ¡Kamiya!... ¡Thsura!... Sus manos se juntaron, sus labios se buscaron con ardor...

\*\*\*

Al siguiente día, un bonzo anciano y venerable, contó maravillado el pasmoso milagro.

Ante la imágen venerada de Kawanon, la todo misericordiosa, y rozando su marmóreo pedestal, hallábanse dos cadáveres, estrechamente enlazados, y las cien manos de la diosa habíanse tornado hacia la tierra, como para bendecir los cuerpos de Thsura y Kamiya, muertos de mal de amor...

V. F. DE QUIÑONES.

**SONETO**

A las bellas mis señoras  
Natividad Torregrosa  
y Natividad Rubio.

Ante la Virgen del Amor hermoso  
postradas las hallé a las dos orando,  
como si la estuviesen implorando,  
un perdón redentor y bondadoso.

Dos ángeles de rostro candoroso,  
más bien que dos mujeres suplicando  
semejaban, al verlas esperando,  
el perdón deseado y venturoso.

Y al admirar su cara y gentileza,  
su cabello y sus labios sonrosados,  
me deslumbró su sin igual belleza.

Entonces dije en tonos elevados:  
«Donde vive el fervor y la pureza  
no pueden cobijarse los pecados.»

ALFREDO MIRA RUBIO.

Ciudad Real—Junio—1918.

propia si la caza fuera pretexto para alguna cita de amor.

Y con efecto una mañana casi a continuación de partir Rafael según costumbre, salió detrás de él. Con el corazón traspasado de sentimiento como si comprendiera o adivinara que algo desagradable le esperaba fué siguiendo detrás de su querido esposo, procurando ocultarse por los matorrales del camino para no ser vista.

Cuando ya algo cansada, y casi arrepentida, de haber seguido dejándose llevar de la pasión, que le hacía dudar de la fidelidad de su Rafael, en el momento este, volvió la cabeza hacia atrás y quedose parado, atento como para observar si alguien le veía, al lado de una casa nueva de campo, desconocida para ella.

Le vió después entrar en la misma y cerrar la puerta tras de sí.

Adela no pudiendo resistir más su duda, haciendo un esfuerzo supremo se dirigió hasta la finca y llamó...

Fué recibida por el propio Rafael sin que en su rostro se dejara notar la más leve contrariedad.

¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡pobre Adela! —la dijo—. Me seguistes ¿verdad? Ella por toda contestación rompió a llorar desconsoladamente. ¡Perdoname! Creo que ya no me amas, que quieres a otra...

Ella que miró entonces a Rafael le encontró pálido y triste.

Es cierto, Adela mía, amo, sí, pero no es mi amor el corriente, mi cariño es espiritual, solo así te ofendí. Y cogiéndola cariñosamente, entró con ella en una habitación lujosamente decorada, dentro de la cual y en sillón de piedra estaba esculpida la figura de una linda mujer.

Mira Adela, lo que representa esa estatua fué en otro tiempo mi primera esposa, yo como recuerdo y en su memoria encargué ese trabajo a un escultor amigo mío, y aquí lo deposité en tanto que se forma su sepultura definitiva y llevo su estatua allí. Aquí tienes por tanto mi tristeza de estos días, al recordar lo desgraciada que fué y ahí tienes por tanto el secreto de mi amor...

Ahora, Adela mía, dijo abrazándola, tú verás si puedes perdonarnos, mi pecado y no el suyo. Un beso prolongado fué la contestación que resonó en el silencio.

Los dos miraron por un momento a la estatua, la cual les pareció que sonriendo, decía: ¡Amaros!

FÉLIX PUEBLA Y LUENGO.